

Centro Descartes - Lecturas Críticas

La paradoja del mujeriego afeminado

Una lectura de *Subjetividad y verdad*. Curso en el Collège de France (1980-1981) de
Michel Foucault

Luis Diego Fernández

El placer de la pasividad es, a no dudar, lo que hace que todo el sistema amenace escapar a sí mismo y deshacerse, lo que lo torna inestable o metaestable. (Foucault, 2020, p. 103).

¿Cómo ha sido establecido el sujeto en diferentes momentos y contextos institucionales como objeto de conocimiento posible y deseable? A fin de responder tal interrogante Michel Foucault despliega en el curso del Collège de France (1980-1981) titulado *Subjetividad y verdad* una analítica de lo que llama “técnicas de sí”, vale decir, procedimientos que tienden a fijar una identidad o transformarla. Al mismo tiempo, esta interrogación implica una pregunta adicional: ¿cómo gobernarse al ejercer acciones en las cuáles somos objeto y sujeto a la vez? Esto requiere realizar una historia del cuidado de sí mismo (*epiméleia heautoû*) que nos lleva a una intersección entre la historia de la subjetividad y el análisis de las formas de gubernamentalidad. En otros términos, la definición de diferentes identidades (loco/no loco, delincuente/no delincuente) enmarcadas en diferentes campos de objetividad científica (psiquiatría, derecho penal) que el propio filósofo ya había realizado en su recorrido teórico previo a este curso aquí aplicado a la sexualidad.

El seminario da cuenta de dos límites: el histórico y el dominio. En el primer caso, se trata de un recorte epocal: del siglo I a.C hasta el siglo II, esto es, la cultura helenística, y lo que esta entendía como “técnica de vida”, en el segundo caso, estas técnicas de vida aplicadas a un tipo de acto puntual: los *aphrodisia* (que en rigor no es un equivalente de la noción de “sexualidad” de la modernidad). Ahora bien, la cuestión que guiará la exploración de Foucault se podrá resumir en la siguiente pregunta: ¿cómo las técnicas de vida han regulado las prácticas de los actos sexuales? Esto implica, antes que nada, definir a los *aphrodisia* en el mundo helenístico como actos placenteros (no en términos de

deseo) y a la prioridad de la formación de los mismos a través de técnicas que se encuentran por fuera de la esfera de lo permitido/prohibido, vale decir, de la moral de código. Cuidado de sí y actos sexuales, entonces, son dos variables puestas en relación por las artes del gobierno de sí.

El corpus del cual se sirve nuestro filósofo se compone de textos del pensamiento clásico (platónicos, aristotélicos, tragedias), helenístico (estoicos, epicúreos) y del cristianismo primitivo, de los cuáles consideramos centrales los siguientes: la *Introducción a la vida devota* de San Francisco de Sales, la *Onirocítica* de Artemidoro, los tratados médicos de Galeno, los tratados económicos en torno a la vida matrimonial y la conyugalización de la actividad sexual entre los esposos (Musonio Rufo, Jenofonte) y los textos que abordan la cuestión de la elección de los amores entre hombre y mujer (Plutarco) y entre hombre y muchacho (Pseudo Luciano). De las doce clases que componen el curso nos resultan destacables desde el punto de vista conceptual aquellas en las que Foucault expone la articulación de dos principios, a saber: el principio de isomorfismo socio-sexual y el principio de actividad. Ambos serán determinantes para la racionalización de los *aphrodisia* en la antigüedad.

En este sentido, a fin de desarrollar el funcionamiento de los dos principios en la economía de los placeres del mundo antiguo, nos interesa hacer foco en lo que Foucault llama en la clase del 28 de enero de 1981 “la paradoja del mujeriego afeminado”, lo cual nos lleva a explorar dos interrogantes: ¿qué es experimentar placer?, vale decir, indagar en el placer como experiencia subjetiva (Foucault, 2020, p. 103) y subsiguientemente, ¿qué es la ley del placer? (Foucault, 2020, p. 105). En este marco es que la reflexión foucaultiana se focaliza en el vínculo entre placer y pasividad y en qué medida el “feminizarse” implica dejarse arrastrar por los placeres; en esta dirección, el libertino, así mantenga relaciones sexuales con mujeres exclusivamente, es afeminado¹ en tanto carece de autogobierno.

En el marco de su análisis de la *Onirocítica* de Artemidoro como ejemplo de la ética sexual del siglo II (los tipos de visiones oníricas de actos sexuales en relación a la ley), Foucault determina los dos principios mencionados previamente de una percepción ética que es parte pero que excede a Artemidoro, vale decir, de la ética helenística. El primero

¹ Sobre el “hombre femenino” véase también de Michel Foucault: *Historia de la sexualidad II: El uso de los placeres*, trad. de Martí Soler, Buenos Aires, Siglo XXI, 1993, pp. 82-83. Para ampliar este tema sugerimos: Stekel, W. *Onanismo y homosexualidad. La neurosis sexual*, trad. de Fernando M. del Río, Buenos Aires, Imán, 1952.

que llama “principio de isomorfismo” establece un vínculo de continuidad entre lo sexual y lo social, de este modo marca el filósofo: “Los actos sexuales con los que puede soñarse son el fondo de la misma naturaleza, de la misma sustancia, y hay que ir más lejos: de la misma forma que las relaciones sociales”. (Foucault, 2020, pp. 93-94). Esto conlleva a dos consecuencias, en primer lugar, el hombre adulto, noble y virtuoso debe ocupar en la relación sexual con los muchachos o esclavos el mismo lugar que en la sociedad, es decir, de actividad y superioridad; en segundo lugar, en la relación conyugal, el hombre rico y poderoso, debe ejercer, de igual modo, un vínculo de dominio respecto de la esposa.

El segundo axioma que delimita la lectura foucaultiana lo llama “principio de actividad”, este enmarca al acto sexual no solo en relación al *nomos* (la ley) sino a lo que es conforme o no conforme a la naturaleza; en este sentido, la regla interna para clasificar el grado que se ajusta con la naturaleza es la penetración, vale decir, según Artemidoro, la “naturalidad” del varón se haya en la capacidad de penetrar, por tanto, la pasividad es contraria a esta lógica. Según el filósofo: “La penetración no es un proceso que ocurra entre dos individuos. Es en esencia la actividad de *un* sujeto y la actividad *del* sujeto. Y, como actividad del sujeto, constituye el núcleo central y natural de todos los actos sexuales (de todos los *aphrodisia*)”. (Foucault, 2020, p. 100).

Ahora bien, la cuestión será el estatuto de los objetos de penetración (muchacho, esclavo, mujer) como el correlato necesario de la actividad del varón noble. En primera instancia, estos participan del sistema de placer en tanto objetos de penetración pero al sentir placer se convierten en problemáticos, lo cual requiere también de delimitar una forma de conducirse. En el caso de la mujer “es naturalmente excesiva, su placer es naturalmente excesivo, y a causa de ello está exactamente en el [punto de unión] de la naturaleza y la contra natura”. (Foucault, 2020, p. 103). En otros términos, el placer de la mujer es por principio el exceso y la indefinición. Respecto del muchacho “solo será adecuado a condición de no sentir placer en el acto de la penetración, que para el sujeto activo es, empero, tan natural imponerle. Un muchacho bien criado no siente placer”. (Foucault, 2020, p. 104). El placer en sí mismo no es un problema, de hecho, el placer medido es en el marco de la filosofía griega un efecto o acompañamiento de una actividad desplegada desde Aristóteles. Ahora bien, la pregunta es qué sucede si el varón en su actividad penetrante se deja arrastrar por el placer. Ocurre que se va a “afeminar”, vale decir, se va a acercar a la experiencia hedonista, difusa y desbordada de la mujer. Al perder soberanía sobre su cuerpo y no dominar sus placeres, el varón se asimilará a sus correlatos naturales en el marco de la relación sexual desde la pasividad: mujer o

muchacho licencioso. Por tanto, será un individuo que se dejar poseer o arrastrar por el placer. De allí que se vea a este varón (el individuo mujeriego o el cazador de muchachos) como “afeminado”. Dice Foucault:

Es afeminado porque persigue a las mujeres y a los muchachos, y eventualmente porque él mismo es pasivo y le encanta serlo en la relación [sexual]. Esto quiere decir simplemente que, al igual que en el caso de la mujer, el motor de su comportamiento es el principio de lo indefinido del placer, y no el principio de la actividad medida. En esa avidez de placer sexual hay una especie de pasivización de la actividad debido a la incapacidad de medirla, la incapacidad de gobernarla, la incapacidad de ser su amo. Algunos psicoanalistas, creo –bueno, eso oí decir-, se interrogan sobre la homosexualidad de Don Juan y se preguntan cuál es, entonces, su relación con la femineidad. Pero los griegos lo dijeron hace ya mucho tiempo: Don Juan es femenino porque persigue a las mujeres y porque la ley de su placer, al gobernar una actividad indefinida y no dueña de sí misma, es absolutamente característica de lo que es el objeto mismo de la actividad, y no característica del sujeto de esta. Cuando uno es sujeto de la actividad, quiere decir que va a poder erigirse en su amo. Cuando esa actividad se nos escapa, nos volvemos parecidos [a, o, mejor dicho] nos convertimos en el correlato de esa actividad: somos una mujer o una persona afeminada, o un Don Juan. (Foucault, 2020, p. 105).

Subsiguientemente, la importancia central de las artes de conducirse desarrolladas por filósofos y moralistas durante el helenismo y el cristianismo primitivo serán fundamentales precisamente para evitar caer en la “paradoja del mujeriego afeminado”, vale decir, el placer, aunque consecuencia de la posición activa, es observado con detalle por ser potencialmente el hilo conductor de una pasividad peligrosa según el análisis de Foucault de los textos antiguos. De ahí que las estrategias por parte de los pensadores y médicos tenderán a evitar caer en cualquier tipo de pasividad. En adelante, el placer medido que era aceptado, tolerado e incluso valorado en tanto era efecto sensible de una actividad, será asediado, controlado, se buscará hacer del acto sexual una práctica desligada del placer entre los siglos I a.C y II. El matrimonio será el dispositivo que buscará evitar esta hedonización que puede llevar al hombre noble al lugar del “mujeriego afeminado”.

Posteriormente, el cristianismo “conyugaliza” los *aphrodisia* a partir del siglo IV en tanto fija la práctica de la confesión como decir veraz sobre el deseo oculto en la interioridad de la experiencia de la carne (de la caída originaria) al cual hay que arrancar. El cristianismo, de este modo, funda al sujeto de deseo como objeto de conocimiento. A diferencia de los actos sexuales como actos placenteros, el cristianismo le otorga una dimensión constitutiva a la sexualidad y al deseo, de acuerdo a Foucault, como un trascendental histórico de su historia, vale decir, un a priori histórico, la condición de

posibilidad que permite la constitución de un régimen de verdad inserto en el deseo. En otros términos, el cristianismo neutraliza el acto de placer (deshedoniza la actividad sexual al tiempo que la conyugaliza) y fija en la práctica confesional el acto de verdad que permite extraer lo verdadero del deseo individual. En este sentido, la “carne” es una condición previa para la constitución de la sexualidad como dispositivo en la modernidad. La sexualidad no existió siempre ni es “natural” o “necesaria”, es un dispositivo que tiende a ocultar la contingencia histórica en la cual ésta se constituyó, se esencializa o cristaliza. El cristianismo funda el hombre como sujeto de deseo al objetivarlo y producir una hermenéutica, una codificación y un desciframiento necesario a partir de la proliferación de la discursividad sobre el deseo.

En la clase del 4 marzo de 1981 en el marco de su análisis del *Erotikos* (diálogo sobre el amor) de Plutarco, Foucault hace foco en la atracción excesiva del hombre hacia las mujeres. Allí retoma la hipótesis de la clase del 28 de enero al caracterizar esta tendencia que “feminiza”: “Uno se afemina al amar demasiado a las mujeres”. (Foucault, 2020, p. 202). Esto sucede según el filósofo porque el placer se convierte en la finalidad de la acción, en la ley del comportamiento del individuo, por tanto, pierde su actividad (su gobierno, su dominio), se torna pasivo con respecto a la medida. Foucault lee a Plutarco con atención, quien marca que la frecuentación de las mujeres vuelve “húmedo” y “casero” al varón, vale decir, éste adopta las mismas cualidades del cuerpo femenino. Dice Foucault: “amar a las mujeres es pasivizarse, así como uno se pasiviza cuando acepta ser amado por un esclavo”. (Foucault, 2020, p. 203). El problema es que el amor por las mujeres no tiene regulación interna alguna, solo se dirige a la *hedoné* de manera indefinida, mientras que el vínculo con un muchacho debería suponer la renuncia a la *hedoné* para alcanzar la virtud que reclama la *philía* (amistad).

Por ello es que el mujeriego afeminado será aquel que al dejarse llevar por el principio de la pasividad de un placer como finalidad indefinida (propio de la mujer), se pone, como dice Foucault, bajo el signo de Afrodita (Foucault, 2020, p. 207), vale decir, se instala, según Plutarco, en el placer del instante que se experimenta con prostitutas. El libertino, en tanto mujeriego afeminado, “es” una prostituta. La “bisexualidad” del libertino encuentra su identificación más plena en la ética libertaria de la puta.

Bibliografía:

Foucault, M. (2014). *Subjectivité et vérité*. Cours au Collège de France, 1980-1981. Gallimard Seuil. [(2020) Traducción castellana de Horacio Pons: *Subjetividad y verdad. Curso en el Collège de France* (1980-1981). Fondo de Cultura Económica.]

